

El itinerario espiritual en los niños y adolescentes

M.^a Eugenia Gómez Sierra

Profesora de la Universidad Eclesiástica San Dámaso

1. Premisas para una teología espiritual infantil

*«Mi alma conocías cabalmente,
y mis huesos no se te ocultaban,
cuando yo era formado en lo secreto,
tejido en las honduras de la tierra» (Sal 139, 14-15)*

Saborear el salmo 139 nos permite introducirnos, de forma bella, en la propuesta del tema que abordamos en este momento. Sus precisas palabras hablan, a la vez, de vocación o llamada a ser, de cuerpo-alma y de origen divino, los tres grandes apartados esenciales al hablar de un itinerario espiritual que comienza con el origen de la persona al nacer y se extiende hasta la eternidad.

El punto de partida al hablar de un desarrollo espiritual es la concepción de persona como ser llamado (Stein, 2003, p 273). La persona entendida como “alguien” llamado a ser un ser humano en plenitud (Burgos, 2005, p. 43), un ser abierto hacia fuera y hacia dentro. Este hecho nos sitúa en la pregunta por el autor de la llamada y por su naturaleza. Quedando bien definida la respuesta, Dios es siempre quien llama a todo ser humano de forma personal y desde una identidad.

La persona es un «alguien» que se construye y se revela en su propia acción (Wojtyla, 2011, p. 305) porque cada una de las acciones que realiza no actúa exclusivamente sobre su yo actualizado sino sobre su yo existencial, en palabras de Edith Stein, sobre su «sí mismo». La persona es un alguien que dice de sí mismo «yo», porque se autoposee y, a la vez, es capaz de salir de sí mismo y trascenderse, es espiritual¹.

¹ Stein describe la espiritualidad del hombre como apertura hacia dentro y hacia fuera diciendo: “*espiritualidad personal quiere decir despertar y apertura. No solo soy, y no solo vivo, sino que sé de mi ser y de mi vida*”, un saber que no es fruto de la reflexión sino de una luz por la que está atravesada la vida espiritual, p. 649.

La persona es un ser que reclama unidad para todas las dimensiones que lo componen (Stein, 2003, p. 186)². Una unidad con sentido, que comienza cuando el sujeto descubre su condición creatural, pero que va creciendo a medida que se descubre la filiación divina (Rahner, 1963, p. 104-114).

La madurez de la persona, o consolidación de su personalidad, puede estudiarse desde el aspecto antropológico, espiritual o psicológico; este último es, sin duda, el más conocido y trabajado tanto en el ámbito educativo como en el catequético. Sin embargo, antes del desarrollo central de lo que nos ocupa, vamos a detenernos en una perspectiva de la persona que apunta más claramente a lo teológico.

Recogemos, siguiendo a Karl Rahner, en *Pensamientos para una Teología de la infancia*, unos presupuestos de fondo que nos pueden ayudar a conocer la madurez humana y espiritual.

En primer lugar hablaremos de su afirmación: *«el niño es un hombre»*.

A partir de este presupuesto, en cualquier acción catequética hemos de considerar que el niño o el adolescente al que acompañamos es poseedor de una dignidad y un misterio profundo que habita en su persona. El niño viene de Dios y tiene una relación inmediata con él por la creación. Dios le llama por su nombre, le conoce y dialoga con él, en él se hace presente el amor.

«El niño es un hombre que está al principio»

El niño es un hombre que comienza, un ser abierto que tiene todo por hacer, un misterio en el que es necesario aprender a ser lo que se es (Barrio, 2010, p. 33). Afirma Rahner que “es ya la unidad de espíritu y cuerpo, de naturaleza y gracia, de naturaleza y persona, autoposesión y dependencia del mundo. Pero todo esto debe realizarse todavía, debe ser subsumido y experimentado”, es precisamente la unión entre el comienzo y el devenir lo que hace del niño un misterio, una vocación en la que Dios está presente y a la que el catequista acompaña.

«El niño es un comienzo en tensión»

El niño, a pesar de su relación inmediata con Dios por su naturaleza como criatura individual, no comienza una historia sino que nace en un contexto y en una realidad que está hecha, donde hay unas creencias y va-

² Stein afirma: «La estructura natural del alma, es, en cierto modo, la de una forma fundamental, en la que lo que el alma asimila a lo largo de su vida, es colocado. La forma no existe de antemano ya acabada, sino que se va imponiendo a lo largo de su proceso evolutivo y unido con la asimilación de materias espirituales (...). En esta forma hay un centro y una periferia, una superficie y una profundidad», p. 186.

lores. Su historia es parte de la humanidad caída por el pecado y redimida en Jesucristo. Experimenta en su vida la contradicción, la «beatitud de una gracia original y de una gracia posterior y de una redención, que el mismo experimenta y deja actuar en él».

«El niño es un niño»

Por ser niño reclama la experiencia de sentirse seguro y a salvo, se abre con confianza y disponibilidad, es receptivo y posee la virtud de la esperanza. Se encuentra en condiciones óptimas para descubrir el misterio de Dios que se presenta como amor y cercanía e invita a abandonarse en Él.

2. La madurez humana y la madurez espiritual: distinción y relación

El hombre nace en verdadera debilidad y necesita aprender a ser lo que es (Barrio, 2010, p 36), de tal forma que, desde el principio, sufre un proceso madurativo que le hace, poco a poco, capaz de responder de manera inteligente, a pesar de su débil naturaleza³ (Carvajal, 2014, p. 81).

Entre la madurez humana y la espiritual existe un cierto maridaje, ya que no puede darse la una sin la otra, pero existen también diferencias significativas, lo que obliga a delimitar muy bien ambos ámbitos.

2.1. La persona humana y la pluralidad de sus dimensiones

El ser humano está constituido por unas dimensiones o estructuras que le definen como un ser personal, único e irrepetible. Ninguna de ellas puede comprenderse de manera independiente, ya que no son autónomas, ni tampoco pueden existir por separado, sino que requieren una unidad globalizada por un yo existencial o núcleo íntimo, que impide su disolución (Burgos, 2006, pp. 209-213).

Las distintas dimensiones realizan funciones diversas que se auto-implican, así, por ejemplo, no podemos hablar de una acción sobre el cuerpo que no tenga repercusión sobre los afectos, sobre la conciencia y sobre la dignidad de la propia persona.

³ Carvajal nos dice: «El hombre ha sido creado *según* la imagen de Dios *para* la semejanza divina, donde la imagen se entiende como dada en la creación según lo que se revela en Jesucristo; pero la semejanza, es decir, la identificación con él, constituye su vocación y le proyecta hacia una perfección escatológica que solo se consumará al final», p. 81.

Otra nota que singulariza las diversas dimensiones es su ritmo de desarrollo, radicalmente diferente, así como la influencia profunda que cada una ejerce sobre la persona.

Entre ellas, la dimensión espiritual es, sin lugar a duda, la más importante, porque actúa como elemento integrador del resto dando unidad a la persona. Por esta razón requiere mayor tiempo y mayor esfuerzo para su crecimiento y cultivo. Sería un error pensar que, al igual que crece la dimensión física del sujeto con unas mínimas exigencias, se produce un desarrollo de lo espiritual y de lo religioso, cosa que, a veces, podemos olvidar en la tarea catequética.

a. Dimensión cognitiva: la representación mental, el concepto de Dios y creencias

El elemento intelectual es una de los rasgos que singularizan al hombre diferenciándolo radicalmente del resto de la creación⁴. Su capacidad de conocer le permite establecer una relación con lo que le rodea con un rasgo de singularidad, el trascendente. En efecto, mediante el conocimiento, de modo misterioso pero real, el hombre sale de sí mismo y «llega a ser otras cosas (...) sin serlo, en tanto en cuanto las posee intencional e inmaterialmente» (Burgos, 2005, p. 141).

Lo intelectual es una capacidad activa que puede y debe ser alimentada y cuidada desde el principio. Es además algo dinámico, ya que pone en conexión el interior con el exterior; exige trascendencia para poner distancia con la realidad y supone consciencia. (Torralba, 2012, p. 54)

En este sentido, lo cognitivo nos permite interiorizar en nuestro ser la realidad y representárnosla, hasta de algún modo apropiárnosla. Gracias a la cognición es posible representarnos a Dios y todo lo religioso, así como elaborar un concepto de Dios a partir de una doble realidad: lo experiencial, fruto de la vivencia, y lo simbólico que nos viene del contexto y de las circunstancias (Vergote, 1975, p. 231).

Podemos afirmar que el conocimiento, sea cual sea su contenido, deja en nosotros una huella que pasa a ser parte de nuestra estructura mental, con independencia de la forma en la que lo hemos adquirido (la vivencia, la cultura, o el estudio).

4 *Op. cit.*: «La comunicación que Dios hace de sí mismo por medio de su Palabra va dirigida a un interlocutor, el ser humano (...) Una criatura que aún salida de sus manos, desde el mismo instante de su creación, tiene capacidad para recibir su Palabra y responderle en obediencia y adoración. El hombre ha sido creado a “imagen y semejanza de Dios” esto es lo que le cualifica por encima de cualquier otra criatura y le hace capaz de conocer y amar» p. 81.

En este sentido es importante, en cualquier proceso catequético, tener en cuenta este aspecto intelectual fuertemente condicionado por la edad y las formas de conocimiento.

Por otra parte, en el ser humano no solo podemos hablar de una estructura cognitiva, sino del contenido que la llena, donde se hace presente, para siempre, el concepto de Dios y el conjunto de creencias que creemos y celebramos.

b. Dimensión afectiva: actitudes religiosas

La persona, cuyo origen es el amor divino, posee una dimensión originaria en torno a lo afectivo que es irreducible. Las experiencias con las cosas o personas no dejan indiferente al ser humano sino que le afectan, consciente o inconscientemente, provocando o evitando una respuesta.

Hildebrand propone tres niveles afectivos: las sensaciones corporales, las reacciones psíquicas (ira, miedo, temor, tristeza, alegría) y el carácter espiritual del mundo afectivo, bastante más olvidado a pesar de ser el fundamental. En este último encontramos a su vez una triple referencia interesante para el ámbito catequético. En el carácter espiritual del mundo afectivo hallamos, en primer lugar, el mundo de los valores. Así podemos ver que el hombre ama solo aquello que tiene valor, es decir, lo que se presenta a la inteligencia, a la voluntad y al corazón, como algo amable y digno de ser amado, de ahí la importancia de la relación con Dios en quien siempre encontramos amor.

Por otra parte, aparece la contemplación espiritual o conmoción, que responde a algo externo que provoca en nosotros un cambio global profundo, como puede ocurrir por ejemplo al dejarse inundar por la belleza, la caridad entre los hombres y, por último, existe el sentimiento estético, directamente vinculado a lo misterioso, del orden del universo y a la referencia metafísica del ser humano.

La capacidad natural afectiva nos abre a la perspectiva religiosa de las actitudes o disposiciones profundas del hombre frente a la realidad. Se trata de una disposición personal e intransferible que brota desde lo más profundo del ser, con la que se tiene la certeza de haber sido alcanzado por la verdad.

La actitud religiosa es una respuesta íntima a la llamada profunda que el hombre siente por lo único atrayente y amable, Dios: «Nos hiciste Señor para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (San Agustín, *Confesiones*).

c. Dimensión social: participación institucional

La persona es un ser que no logra su identidad si no es con los otros. Su soledad ontológica desaparece exclusivamente cuando establece una relación personal (Burgos, 2005, p. 277). El hombre, en definitiva, es un ser comunitario en el que se refleja la marca de la Trinidad.

Las relaciones con los demás nos permiten aprender el misterio que envuelve al ser humano, en tanto en cuanto en él existe algo de común exclusivo de su humanidad y algo esencialmente original y diferente propio de su personalidad.

En la madurez humana es muy importante la dimensión comunitaria como lo es para un crecimiento espiritual realizado en el seno de la Iglesia, pero dentro de una comunidad concreta y real.

La vida común ofrece normas y valores, pero también otorga seguridades. Introducir al niño o al joven en un ámbito comunitario facilita su capacidad de donación y entrega, superando el egoísmo e individualismo que encierran a la persona en su propia prisión.

d. Dimensión moral: comportamiento religioso

La búsqueda de la autonomía personal es una gran meta para el ser humano. Nadie que vive en la heteronomía goza de libertad, porque el hombre está hecho para libremente decir sí a Dios.

La moral no consiste en adquirir un conjunto de normas que permiten vivir de forma correcta en un momento concreto, sino más bien en vivir virtuosamente de acuerdo a un ideal en el que se ha descubierto la verdad.

El comportamiento religioso no se agota en la realización de una serie de ritos y costumbres que no logran calar en la vida del niño. El comportamiento en el desarrollo espiritual es la consecuencia profunda de una transformación, una conversión que me empuja a vivir de acuerdo con aquello que me ofrece la salvación.

e. Dimensión espiritual: diálogo con Dios

Cuando la filósofa judía Stein define la estructura del ser humano describe la espiritualidad como la apertura y el despertar de la persona, por eso afirma: «No solo soy, y no solo vivo, sino que sé de mi ser y de mi vida y todo esto es una misma cosa (...) la vida espiritual es una saber originario acerca de cosas distintas de sí misma».

La espiritualidad es una realidad íntima, potencial y global de la persona que trabaja en un orden más profundo. Se vive en el sujeto como algo dinámico e intencional que reclama la consciencia, el sentido de la vida y la trascendencia. Mediante ella somos capaces de «poner distancia» frente a todo, alcanzando un significado nuevo para la realidad y para la forma de vivir la propia existencia⁵. Esta dimensión está arraigada en lo profundo del ser y capacita para el asombro, la admiración y la atención plena, si existe la capacidad de vaciamiento mediante el silencio y se aprende a aguardar el momento oportuno.

El desarrollo de la dimensión espiritual es mucho más lento y más exigente que el del resto de las dimensiones. Requiere más condiciones y cuidados para su crecimiento; por ejemplo, reclama la libertad e intencionalidad de la persona, la constancia en la tarea y el despojamiento personal.

El hombre, capacitado en su naturaleza para el diálogo con Dios, ha de esforzarse por cultivar estas condiciones requeridas por la capacidad espiritual, pero, sobre todo, ha de reconocer que la iniciativa de ese encuentro dialógico es siempre divina (Carvajal, 2014, p. 82).

f. Dimensión religiosa: Acto de fe

El ser humano, poseedor de una dimensión espiritual, es capaz de dar un paso más adhiriéndose a Dios. La dimensión religiosa supone una respuesta a una iniciativa divina que se descubre como salvadora.

Dios llama al hombre que se convierte y cambia el rumbo de su vida. En el encuentro entre Dios y el hombre se provoca un cambio profundo que resulta transformante. La persona libremente responde a la invitación con un acto de fe.

2.2. La madurez humana como fruto de la unidad personal

Hablamos de una persona madura cuando se ha logrado en ella una identidad y autonomía personal, en la que todas las dimensiones de su ser aparecen entrelazadas, respetándose en sus diferencias pero aceptando la intrínseca influencia de unas con otras. Alguien que posee una unidad de vida ha logrado unificar en su Yo existencial profundo los deseos de independencia que se le ofrecen a cada una de sus dimensiones.

⁵ TASKFORCE (2010). *Spiritual care in palliative care*. Utrecht, Holanda, 11 octubre. «La espiritualidad es la dimensión dinámica de la vida humana que concierne al modo a través del cual la persona (individuo o comunidad) experimenta, expresa o indaga el sentido de su existencia; al modo como se relaciona con el momento presente y consigo misma, con los otros, con la naturaleza, con Dios y con aquello que es significativo o sagrado».

Juan Pablo II habla de la experiencia de unidad en la persona remitiendo necesariamente a la composición compleja de su ser (WOJTYLA, 2011, p. 271), es decir, a la metafísica. Reconoce la incapacidad del ser humano para conocer la vivencia del alma, experiencia que nos permitiría hablar de la existencia del alma y de su naturaleza espiritual. Sin embargo, se da cuenta de que sí es posible conocer la experiencia de sus efectos (autoposesión, autodeterminación) y, a partir de ahí, buscar la causa. Además también es posible conocer el contenido de la vivencia del alma, siempre fruto de lo que se provoca con la trascendencia de la persona en la acción: deber, responsabilidad, verdad, autodeterminación.

La razón que nos permite decir que la unidad de la persona viene de la dimensión espiritual está en que la vivencia del alma provoca la unidad de la persona no solo con los contenidos propios de la interiorización del hombre, sino que abarca en ellos y mediante ellos el «Yo» espiritual del hombre.

2.3. Lo específico de la dimensión espiritual. Aclaración del concepto

Hablar de lo específico de la dimensión espiritual resulta una tarea arriesgada y difícil que hemos venido esbozando un poco más arriba. Pero quizás en este punto sea bueno aclarar ciertos aspectos del dinamismo espiritual.

Religiosidad: estructura humana

Cuando hablamos de desarrollo espiritual hemos de contar, en primer lugar, con uno de los agentes que interviene, el ser humano. Pero no podemos olvidar que existe otro actor de mayor importancia, el Espíritu Santo. Lo que nos deja, en parte, al descubierto cuando queremos explicar de manera excesivamente reflexiva lo que sucede. Como propone el profesor Juan Carlos Carvajal es necesaria siempre una correspondencia entre la experiencia humana y la gracia (Carvajal, 2014, p. 87).

Usando estrictamente el término religiosidad, a pesar de que se emplea con diversas acepciones, nos estamos refiriendo exclusivamente a la persona humana, más concretamente al niño.

De manera que podemos definir la religiosidad como “toda conducta, actitud, creencia que tenga carácter religioso, independientemente de su origen (experiencia personal, la tradición, el aprendizaje o la rutina) y de toda valoración (madurez, sanidad, profundidad, intensidad)” (Ávila,

2003, p. 57). De la definición del profesor Antonio Ávila se deduce que la religiosidad reclama ineludiblemente una estructura humana en la que aparecen todas sus dimensiones: intelectual, afectivo, conductual, etc., y, consecuentemente, un trabajo en el ámbito catequético de todos los aspectos, pues no se trata de transmitir solo contenidos religiosos o de hacer a los niños muy sensibles ante lo espiritual, sino de ayudar a consolidar una madurez humana en la que pueda haber una respuesta libre a la llamada de Jesucristo para su seguimiento.

Este punto nos pone sobre aviso para conocer todos los rasgos de las dimensiones y las diferentes características que manifiestan en cada etapa evolutiva. El hombre no piensa ni actúa ni quiere de la misma forma en cada una de las etapas.

En la dimensión intelectual de la persona nos encontramos con: la estructura mental o esquemas mentales, así como con los contenidos que lo llenan: la imagen de Dios, el concepto de Dios y las creencias. El proceso por el que se desarrolla puede ser experiencial (vivencial, consentido o recibido) o cultural (simbólico).

Junto a eso nos encontramos con el aspecto afectivo, en el que intervienen los sentimientos y las emociones y sobre el que tiene una fuerte influencia la religiosidad materna. Así vamos a encontrar que hay niños muy abiertos a los sentimientos religiosos y a sus expresiones. En este aspecto se sitúan las actitudes religiosas y es sumamente importante suscitarlas, valorarlas y expresarlas (conversación, oración, canto).

Y, por último, aparecen los aspectos de socialización religiosa vinculados al sentido de pertenencia, al culto y a la celebración. En este aspecto la influencia más consistente es la familiar, especialmente la materna, la escolar y la catequética.

Experiencia espiritual: la revelación gratuita de Dios

El profesor Ávila define la experiencia religiosa (espiritual) como “una experiencia inmediata y prerracional, íntima y personal” con independencia de que se tenga o no una vivencia religiosa en plenitud”. En una palabra, en la experiencia espiritual hablamos de una cosa totalmente distinta que acontece en la persona por iniciativa divina (Carvajal, 2014, p. 84)⁶ generando en él una conciencia, pero sin el compromiso de que deba ser aceptada.

⁶ «Dios es más íntimo al ser humano que su propia intimidad y, no obstante, no se confunde con él. El hombre debe realizar un peregrinaje que le lleve a reconocerle como fundamento y destino de su vida. Dios está siempre al inicio de la búsqueda humana», p. 86.

La experiencia espiritual es una donación de Dios que irrumpe en la vida del hombre estableciendo un diálogo de amistad con él. En ella no tiene ninguna importancia la estructura de la persona, aunque sí para la expresión externa de lo que ha acontecido. No es igual la explicación o verbalización de este tipo de experiencias cuando la hace un niño que cuando la hace un adulto. En la expresión de la experiencia intervienen todas las dimensiones de la persona, de manera especial su desarrollo cognitivo.

El crecimiento espiritual en la propuesta de E. Stein

Conocida es la importancia que Edith Stein da a la formación de la persona y a su proceso de desarrollo humanizador para que ésta pueda encontrarse con Dios. Su línea de pensamiento, no demasiado sencilla, nos acerca a un trabajo personal arduo en torno a la autoformación a partir de los dones que se han recibido.

Junto a esto aparece como significativa la acción de Dios como formador, del que se atreve a decir «el camino formativo del hombre es obra de la providencia divina. Dios ha dado al hombre su disposición natural y se la ha dado en forma de una semilla que está determinada al desarrollo y a la evolución» (Stein, 2003, p. 192). «Él ha hecho el proceso evolutivo dependiente de factores externos y de la libre voluntad del hombre, aunque se ha reservado para sí una forma particular de intervención, la gracia».

En el proceso formativo, el catequista acompaña este trabajo divino que se va operando con el consentimiento del que lo realiza y dice ella en palabras textuales: «él puede transformar la naturaleza y así influir desde dentro en el proceso formativo de tal manera que resulte sorprendente y asombroso sobre todo para aquel a quien les sucede».

Contrariamente a la propuesta de algunos psicólogos de la religión (Vergote, 1975, p. 253), Stein propone para el desarrollo espiritual el *arquetipo*. En él considera la necesidad de realizar un proceso formativo desde el interior hacia el exterior y no una simple imitación del que forma, un proceso en armonía con la propia naturaleza. Ella habla de un modelo universal de hombre y de una meta particular para cada hombre solamente conocida por Dios. Por eso habla de la determinación impresa en el hombre desde la creación y de la necesidad de que ésta discurra de manera paralela a la meta formativa. Dios ha puesto, dice, en el interior de cada persona la tendencia hacia la meta. «Dios creó al hombre a su imagen pero solo él puede ver en plenitud esa imagen (...) nosotros la contemplamos en otras imágenes (...) en el Hijo de Dios y en la Palabra de la revelación». Su consejo para el crecimiento espiritual es asimilar en nosotros la imagen de Jesús tanto como podamos para que se transforme en forma interior y nos forme desde dentro

(Stein, 2003, p. 192-193), evitando que Jesucristo se convierta en un modelo de vida externo que nunca logre penetrar en el interior.

3. Breves apuntes sobre el itinerario espiritual de los niños y adolescentes

Desde el nacimiento, el ser humano lleva grabado en su interior la desproporción entre lo que es y lo que aspira a ser. Siente un deseo de querer superarse a sí mismo expresado en un afán por descubrir lo que le rodea que le acompaña toda la vida.

3.1. La primera infancia y la búsqueda de seguridad como apertura religiosa

La primera infancia abarca aproximadamente los dos primeros años de la vida, en los que el niño realiza grandes logros como: la autonomía física y el dominio del lenguaje. En este tiempo el niño posee una disponibilidad religiosa que se expresa en la búsqueda de seguridad, armonía y de paz. Su religiosidad, como el resto de los aspectos del aprendizaje, se configura a través de la sensibilidad. Es un ser receptivo, en acogida, que está abierta y es capaz de percibir de forma sensitiva lo religioso. Si su madre se acerca y le canta o le cuenta algo con ternura percibe el amor que le transmite. Así, de manera involuntaria, se predispone a acoger los signos que reflejan la presencia de Dios.

3.2. Segunda y tercera infancia:

La forma en que un niño comprende a Dios está directamente relacionada con su desarrollo intelectual. Entre los tres y los nueve años su pensamiento es preoperacional y operacional concreto, es decir, sujeto a la realidad muy cercana. El pensamiento religioso incorpora un conjunto de conocimientos en relación con Dios o con lo sagrado y ayuda a formar la conciencia del propio yo.

El mundo simbólico

Hacia los dos años se produce en la persona la adquisición del lenguaje. Aparece con él la capacidad simbólica, que le permite reconocer y nombrar los objetos. Ahora puede reconocer, manipular, nombrar y usar el mundo de objetos religiosos que le rodean, especialmente la cruz, a la que llama Jesús y las imágenes.

Posee un pensamiento idealista, animista y artificialista⁷ que le impide delimitar la realidad y se pierde en el mundo de la fantasía. Los objetos y los seres inanimados están dotados de vida e interactúan con él, estableciendo relaciones de buenos y malos. Ahora aparece el primer diálogo con Dios y se introduce el primer concepto religioso. La realidad (mundo) se entiende como un engranaje de reloj donde todo funciona a través de acciones mecánicas encadenadas unas a otras. Y es precisamente en esta concepción de la realidad donde se integra la visión de Dios.

Entre los dos y los tres años y medio asimilan las primeras conductas religiosas de carácter repetitivo, pero a través de ellas se introducen en el misterio diferenciándolas de lo ordinario. Son acciones aprendidas de memoria, pero sirven de base para acercarse a la experiencia personal y grupal de Dios.

Los símbolos, aunque no los entienden, empiezan a cobrar vida dentro de su mundo mágico y provocan siempre un efecto benéfico.

Tanto la imagen de Dios como el mundo de lo sagrado están fuertemente condicionados por los rasgos psicológicos que poseen, por el mundo irreal y por el amplio desarrollo de la imaginación. A los tres años (expresado desde su lenguaje) el niño manifiesta frente a lo sagrado una actitud de respeto y temor, porque le resulta abstracto, le sobrecoge y lo entiende como misterio.

La imagen de Dios está limitada por el egocentrismo cognitivo, de manera que parecen tener un dios particular. Dios aparece bajo la idea de un padre protector que está a su servicio (Vergote, 1975, p. 345-349). De él reciben protección, confianza y seguridad de la misma manera que lo reciben de sus padres. A medida que el niño crece y amplía el mundo de sus relaciones se produce una paternalización de lo divino.

A los cuatro años, la imagen de Dios es la más clara de todo el período (“edad de oro”). Aún predomina el pensamiento fantástico sobre la realidad y a Dios se le sitúa en un marco maravilloso propio del mundo de las hadas. Siempre este mundo mágico aparece en beneficio personal del niño. Se emplean las oraciones como demanda de una acción mágica. El niño reconoce a Dios como entidad individual y tiene su lugar (Dios está en el cielo con los ángeles y los santos y el abajo en la tierra). Por otra parte, empieza a asociar los sentimientos que él experimenta con actividades específicas de Dios, que son las que él mismo realiza.

7 Cf. MARTINEZ CANO, S. *¡Dibujamos a Dios! Experiencia religiosa y transmisión de la fe en la escuela*. Madrid: Escuela católica, 2010.

Hacia los cinco-seis años el progreso intelectual y el descubrimiento que va haciendo de la figura parental, le lleva a distinguir a Dios de los padres debido al realismo.

Antropomorfismo

En la tercera infancia, Dios comienza a tener rasgos humanos, aunque con una apariencia extraordinaria de héroe o de mago. Se despierta el interés por el mundo religioso como algo mágico que genera curiosidad provocando fascinación.

A los 5 años Dios realiza tareas humanas: pasea por el campo, come, etc., aunque se le añade como rasgo nuevo la función de creador. En este momento se rompe la paternalización y comienza una cierta independencia. A veces, Dios y la creación se confunden, dando lugar a una imagen universal de lo divino vinculada siempre al bien.

En este momento es fundamental dotar al niño de recursos simbólicos y narrativos que aporten conocimiento a la imagen de Dios. Hay que profundizar en los relatos, milagros y escenas míticas de la Biblia para captar su atención sobre la relación entre el personaje bíblico y Dios. No entienden el contenido.

Conciencia del yo

La aparición y consolidación de las operaciones mentales va configurando la estructura del pensamiento, lo que permite al niño tener conciencia de las propias acciones, aunque no de sus pensamientos. Con esta capacidad aparece la posibilidad de reconocer la experiencia religiosa. La conciencia personal permite reconocer la unidad personal del sujeto y, en buena medida, una evolución espiritual. Por otra parte, la percepción del mundo y de la realidad van ganando en objetividad, y las estructuras cognitivas permiten el manejo de conceptos más universales, lo que supone una apertura consciente al pensamiento religioso.

A partir de los siete años, gracias al uso de la conciencia, el niño, ahora sí con reconocimiento del propio pensamiento, empieza a tener un sentimiento de temor por el contraste entre su pequeñez y las maravillas que observa en el mundo de lo sagrado, por su experiencia de relación con Dios, o bien por la observación del comportamiento adulto.

Dios de los atributos

Entre los siete y los diez años la representación de Dios antropomórfica resulta insuficiente, por lo que intenta trascender la imagen de Dios

introduciendo elementos simbólicos (Dios tiene barba, está sentado en un trono rodeado de ángeles). Especialmente aumenta el simbolismo en las niñas.

El universo puede participar todavía de una visión artificialista, en la que se distinguen dos niveles: el cielo, arriba, representado como morada de Dios y la tierra, abajo, donde vivimos los hombres.

Para superar la visión antropomórfica y artificialista del universo se requieren nuevos esquemas mentales. Al principio Dios tiene características humanas como la barba, o una vivienda grande, incluso puede tener un perro, después los rasgos que le comparan con el hombre se suavizan, hasta que adquiere la visión de un ser espiritualizado.

Entre los 8 o 9 años se da un proceso de intelectualización de la imagen de Dios haciéndose más objetiva. A Dios se le atribuyen cualidades entre las que destaca, al principio, el ser grandísimo e invisible.

Los niños comienzan a entrar en la etapa atributiva de Dios, definiéndole como: omnisciente (6-7 años); omnipresente (8-9 años). Lo omnisciente es perfectamente compatible con el pensamiento mágico, cosa que no ocurre con la omnipresencia que se retrasa por el antropomorfismo. Consideran que Dios lo ve todo, pero tiene que estar en el cielo limitado al espacio y no puede estar en todas partes. La independencia del espacio no la logran hasta los 10-11 años.

Junto al desarrollo intelectual para construir la estructura mental, en el pensamiento religioso interviene también el aprendizaje que proviene del medio (cultura) a través de imágenes, representaciones, dibujos, narraciones, etc. Como nuestra cultura suele centrarse más en la persona de Jesús que en la de Dios, crece el cristocentrismo.

Hacia los 9 años reconocen en Dios la condición de creador y providente, aceptando sin problema el punto de vista bíblico de que Dios creó el mundo; a veces, y normalmente por influencia escolar, vinculan a Dios con la condición de Juez que ordena moralmente la realidad.

3.3. El mundo preadolescente y la búsqueda de la identidad religiosa

La adolescencia es un momento clave para hablar de un proyecto personal de vida en el que hay que integrar pasado y presente, abriéndose al futuro. El adolescente configura una nueva y definitiva identidad, consolidando la percepción interna de su propia realidad e interiorizando la vivencia del yo, busca un sentido y dirección para su vida.

Su identidad religiosa viene marcada esencialmente por la creencia y la práctica religiosa. En la creencia tiene bastante importancia la influencia del contexto social, aunque esta no llega a ser determinante. La práctica religiosa presenta un perfil diferente a la creencia. La práctica suele ser bastante más baja que la creencia y no existe una relación directa entre ambas para el adolescente. La mayoría están convencidos de que la creencia no tiene que determinar ni las actitudes ni mucho menos el comportamiento religioso, simplemente la creencia es el resultado lógico de su actividad intelectual que explica y da seguridad a su mundo en caos.

El chico se ve abocado a tomar una postura existencial ante muchas cosas de la vida, también ante lo religioso. Hay que decidir entre aceptar las actitudes de la infancia, realizar un encuentro personal con Dios o adoptar una postura filosófica frente al concepto de Dios o, bien, incluso rechazarlo. Sucede que la religiosidad infantil no responde a la nueva situación que se vive y el ritualismo infantil parece vacío, además el pluralismo cultural pone entre comillas lo aprendido.

Es preciso configurar una nueva identidad mediante un proceso que comienza con una latente crisis religiosa. Durante el tiempo de incubación de la crisis no se pone en entredicho todo lo religioso de una vez, aunque empiezan a apreciarse ciertos síntomas como, por ejemplo, la relajación en la práctica religiosa, la rivalidad entre creencias y otras áreas del saber, el conflicto entre los principios morales y los deseos, o la contradicción entre la necesidad de Dios y el sentimiento de su presencia. Esta fase latente desemboca siempre en una crisis consciente que afecta a la situación vital. Aparece la duda, pero la duda vivida no teórica, lo que implica el rechazo de la totalidad de lo religioso.

La resolución del conflicto ofrece posturas plurales bastante vinculadas a la catequesis y la formación que se recibió en la infancia: el compromiso, la indiferencia o la afirmación de la increencia. Tras la duda se configura la identidad religiosa a través de un proceso con dos pasos diferentes. El primero, en el que se formula y justifica racionalmente la propia creencia o increencia, con mayor o menor profundidad según la personalidad del adolescente. Y el segundo, en el que se articulan y definen las actitudes y la confesión pública de la postura religiosa que se ha elegido, incluso contradiciendo a la familia o el ambiente social. En ese caso aparece un comportamiento religioso y un sentido de pertenencia eclesial.

3.4. La adolescencia y la personalización de la fe

El pensamiento religioso está influido por la aparición de la lógica formal, lo que le permite asimilar nociones religiosas purificadas de los elementos de la religiosidad infantil. Gradualmente, el chico puede acercarse

a temas como: el misterio último de la existencia, el sentido del cosmos, el mal y el dolor en el mundo, etc., desde una nueva visión que implica lo personal.

El contenido de la fe que viene de la tradición no es ahora una realidad tan segura como lo era antes, sino más incierto, por lo que debe ser contrastado personalmente por la experiencia o vivencia de la fe. Esto hace que, a veces, el acto de fe se relativice.

Gracias al pensamiento lógico, el concepto de Dios del preadolescente abandona progresivamente la imagen atributiva para entrar en una fase de personalización, lo que permite comprender muchas cosas sobre él. Ahora, Dios deja de ser el personaje bondadoso o malévolo que se han representado durante la niñez y se convierte en alguien trascendente. El Dios que actúa en la vida del hombre es ahora alguien con quien es posible una relación interpersonal cercana. Dios es alguien con quien se puede hablar.

Deconchy relaciona también la espiritualización de la imagen de Dios no solo con el cambio intelectual, sino con el avance en el desarrollo psicoafectivo y la maduración personal que mejoran las relaciones intersubjetivas. Se concibe a Dios más como una persona, un «alguien», con el que es posible el encuentro, que como un «algo», diferenciado de uno mismo (Deconchy, 1964, p. 284-290). Aunque la aparición de esta capacidad no conlleva el comienzo de una relación madura con Dios. La crisis de la adolescencia se manifiesta como soledad a pesar de que no se deja de amar al otro. Esta soledad es un recurso positivo necesario para descubrir el propio yo.

Los adolescentes, generalmente, utilizan tres grandes concepciones diferenciadas sobre Dios: «el Dios de la creación»: «el Dios del hombre» y el «Dios de la revelación»

En la primera de las concepciones Dios es visto como el creador del mundo, el motor primero que mantiene el orden cósmico. Se trata de un ser lejano con el que no se tiene relación personal, salvo cuando existe algún peligro o necesidad. Cuando los adolescentes tienen esta visión de Dios no sienten ninguna implicación ética en su vida y, a lo sumo, Dios será el origen y garante de un orden moral en el que Él puede intervenir como juez.

El Dios del hombre es diferente. Es visto por el adolescente como alguien con el que se relaciona personalmente, que comparte sus experiencias y da sentido a su vida. Aquél que, a diferencia de la familia o de los amigos, que no le comprenden, es capaz de entender sus necesidades afectivas.

El adolescente aparece sensible a la amistad con Dios como respuesta a un dolor producido por la soledad afectiva; Dios es el confidente de sus monólogos interiores, porque no defrauda, aunque su relación personal con Él no tenga ninguna exigencia ética. La relación con Dios sirve más de refugio que de exigencia y crecimiento personal.

En la categoría del Dios de la revelación de Jesucristo los adolescentes identifican los rasgos esenciales del Dios cristiano. Unas veces porque han recibido una buena formación religiosa, otras porque se da una auténtica experiencia personal de Dios revelado en Jesús.

Existe una pluralidad de imágenes, en la época adolescente, respecto a Dios, aunque no puede atribuirse a ningún factor concreto.

Además de la imagen de Dios encontramos, como actitud religiosa, la duda, o el estado de incertidumbre psicológica en el que la relación con Dios y lo religioso suscita recelo. Esta visión negativa hacia la religión empieza a darse durante la pubertad, a los trece o catorce años, cuando se hace evidente la fragmentación que existe en el terreno de la creencia a la hora de realizar una síntesis personal.

La sospecha ante lo religioso puede entenderse a partir de su intento por buscar una autonomía desprendiéndose de cualquier signo de autoridad. A esta razón hay que añadir el sentimiento de culpabilidad que proviene de la intensidad de la emoción erótica y la crisis de confianza hacia todo lo de alrededor, dada su inestabilidad afectiva.

Muchos adolescentes han vivido una religiosidad alejada de la explicación racional y centrada exclusivamente en la asimilación de conceptos que no han llegado a ser significativos para ellos. Esto, unido a la necesidad de dar respuestas a cuestiones existenciales como el sufrimiento o el mal, provoca una ruptura insalvable entre el mundo científico y el religioso que trae consecuencias negativas para la creencia y la experiencia espiritual.

3.5. La acción del Espíritu vitaliza el desarrollo personal

El desarrollo personal y el crecimiento en la fe suponen un proceso en el que intervienen diferentes protagonistas. El actor principal del cambio es el catequizando, quien crece según su proyecto de vida cristiano. Sin embargo, la fuerza para la tarea que realiza no procede simplemente de él ni de los catequistas que le acompañan, sino de la acción del Espíritu Santo en él. Es el Espíritu quien ilumina y da sentido nuevo a su vida, quien penetra hasta lo más profundo de su ser y le desvela su verdadera identidad diciéndole quien es y lo que está llamado a ser. «El Espíritu

suscita y alimenta aquellas disposiciones profundas que son conformes al proyecto de Dios (...) Es el Espíritu el que hace penetrar en el corazón de los creyentes el amor de Dios, que se convierte en fuente de amor fraterno» (CEI, 2010, p. 69)

4. Notas para una propuesta de itinerario espiritual en la infancia

4.1. El sentido de misterio

Estamos demasiado acostumbrados a mirar con los niños solo lo que está próximo y cercano, lo que se puede tocar y experimentar. Este comportamiento es reduccionista y dificulta la apertura a lo espiritual.

Para iniciarse, a través de una acción catequética, en un itinerario espiritual es importante el trabajo sobre el sentido de misterio, sobre lo que está oculto y debe ser revelado y acogido; pudiendo hablarse de una dinámica de llamada y respuesta. No podemos empeñarnos en explicaciones, demostraciones o justificaciones que sitúan todo en lo estrictamente racional, dejando de lado lo sobrenatural. Si al niño se le enseña a mirar con unos ojos distintos a los de sus sentidos, se hace sensible al misterio y aprende a percibir el mundo de manera distinta. La apertura al misterio descubre que la realidad es algo más que lo que se percibe; que detrás de cada persona hay algo más que la imagen que se ve, algo que se nos escapa y nos es inalcanzable, que las cosas no son lo que aparentan ser, que existe un sentido profundo en todo lo real que reclama ser descubierto.

Se abre así una dinámica que sitúa al niño en situación trascendente, fuera de sí, descentrada, a partir de la cual es posible encontrar el significado profundo en Dios. Ese dinamismo, dada la curiosidad infantil, dispone a la búsqueda y al encuentro. La experiencia más hermosa que tenemos a nuestro alcance es la del misterio, apuntaba Einstein⁸, afirmación a la que nosotros podemos añadir la certeza de que existe alguien más allá al que podemos alcanzar siempre porque se nos aproxima.

4.2. La meditación y la consciencia

Ayudar a educar la consciencia, de manera que se convierta en una capacidad activa, es colocar un peldaño seguro para el encuentro con Dios.

⁸ Cf. EINSTEIN, A. *Mis ideas y opiniones*. Barcelona: Prisa Innova, 2009, pp. 34-35.

La consciencia es lo que nos permite tomar distancia de la realidad, no para alejarnos de ella sino para penetrar en ella de manera profunda y darle un sentido. Supone mirar la realidad desde un horizonte nuevo que apunta a la plenitud. Para que esta realidad pueda darse dentro de un proceso catequético es necesario un esfuerzo por cuidar la atención, eliminando la pluralidad de estímulos que dispersan al niño y creando un clima de silencio que favorezca el encuentro. No se trata de encontrar un método de concentración sino de una disposición exterior e interior que requiere crear un clima propicio.

Es importante considerar que el acto catequético es un proceso de *comunicación referido*, es decir, que remite a una comunicación, a un diálogo entre el niño y Dios, para el que es necesario un ambiente de escucha y acogida a la Palabra. No consiste en buscar un orden externo sino en suscitar actitudes para situarse en un plano distinto. Cuanto más pequeño es el niño más fácil es hacerlo sirviéndose del espacio (lugar sagrado) y del tiempo.

De gran importancia en este sentido es la meditación, que permite adentrarse en el misterio de Dios para percibir su llamada. A través de ella se intenta, en primer lugar, poner un orden interior a los pensamientos, a los afectos y a los deseos, para una vez en calma poder representarse una imagen, un texto, una experiencia que encuentre eco en el interior. Sin orden interno es imposible crecimiento espiritual porque la persona se vuelve ajena a sí mismo y no halla la dirección hacia la que quiere ir.

4.3. Actitudes religiosas: asombro, agradecimiento, perdón, donación, confianza, temor

Las actitudes religiosas suponen una disposición profunda por parte del niño a la acogida de lo que viene de fuera y reconoce como valioso. Es verdad que son el resultado de una opción personal y que depende de la libre disposición de la persona, pero también lo es que se puede ayudar a generarlas desde el testimonio de vida.

El asombro, muy común en el pensamiento intuitivo por ser natural en los niños, es la actitud humilde de alguien frente a la realidad. Alguien que no conoce, que no tiene un plan previsto, que está abierto, que se deja invadir por lo que viene hasta dejar que eso le penetre en el interior. Un niño pequeño se asombra del tamaño, de la distancia, de la velocidad o del color, porque son experiencias que no ha vivido con anterioridad y no tiene calculadas, a medida que el pensamiento lógico empieza a aparecer se deja de asombrar, porque siente la capacidad de dominar esa realidad.

En la tarea catequética es esencial ayudar a no perder nunca la capacidad de asombro, porque solo así es posible acoger el misterio de la acción de Dios en la vida. Cuando Dios actúa en la vida de cada uno lo hace con criterios distintos a los cálculos humanos, dejarse asombrar es el primer paso para aceptar esa presencia segura, pero a la vez misteriosa, de Dios en nosotros.

Lo mismo ocurre con el agradecimiento, no es el fruto de una buena educación o de un aprendizaje moral, sino la conciencia de la propia sencillez, de la indignancia que reclama el don agradecido de los demás.

El crecimiento espiritual reclama la relativización del mérito personal en favor de algo que nos ha sido regalado por amor. La gratitud es una experiencia humana iluminadora que da unidad a la persona, que la hace más cercana a los otros con los que afectivamente establece lazos “secretos” de dependencia. Es una tarea fundamental catequética enseñar a valorar lo que se es y lo que se tiene como un don presente que espera una transformación definitiva al final de los tiempos. El niño agradecido es un niño esperanzado que anhela y desea la plenitud.

4.4. Búsqueda del silencio

El silencio es la cuna de la reflexión, del encuentro interior con uno mismo y con el creador. Buscar el silencio supone una doble tarea, por una parte de despojamiento, de sacar hacia fuera aquello que hace ruido en el fondo de mi persona, por otra, se trata de llenar el vacío de algo más valioso que lo que viene de fuera, de la Palabra que resuena en el interior y se refleja fuera.

Es tarea clave suscitar en el niño el deseo de *silencio dialogal*, evitando el monólogo interior infructuoso o el aislamiento, enseñando a descubrir que el silencio de Dios está lleno de un mensaje que transforma.

4.5. Oración

La catequesis debe facilitar la oración, pero no como un rito o una costumbre que no tiene en la vida significado alguno, sino como una necesidad que surge de un encuentro profundo con el que ofrece la salvación. Demasiadas veces se presenta a Jesús como un modelo de comportamiento al que hay que imitar, o a Dios como alguien que pide el cumplimiento de unas normas de vida. Es necesario presentarlos en clave dialogal, de llamada - acogida, de Palabra - escucha, donde la oración brota como forma de comunicación necesaria.

La oración espontánea surge de una confianza o un abandono en Dios, por eso el niño pequeño habla con Dios sin ningún problema, está totalmente seguro y convencido de que Él le escucha. Conviene suscitar la confianza en Dios como resultado del encuentro con Él. Es importante que en la vida de los niños se haga presente la expresión de Job «Yo te conocía de oídas, más ahora te han visto mis ojos» (Jb 42, 5). Hay que facilitar el encuentro real con Dios para que la oración brote de forma natural como resultado de la cercanía.

Conclusión

Acompañar un itinerario espiritual es, a la vez, un gozo y una responsabilidad. Contando con la acción del Espíritu se logra, sin duda, que la persona madure humanamente y crezca y se enraíce en ella la fe.

Para esta significativa tarea no vale con la buena voluntad o con la disposición incondicional a servir en la Iglesia. Se necesita formación sobre el desarrollo evolutivo del catequizando y conocimiento sobre el crecimiento espiritual, además de una vida de testigo coherente que intenta vivir como hombre nuevo.

El niño y el adolescente, como cualquier persona, son un misterio que solo nos puede ser revelado. Sin embargo, es necesario que, desde la fe, la Iglesia en la persona de sus catequistas se abra con radicalidad a la tarea catequética para que el Espíritu pueda obrar y transformar esa semilla que al nacer puso en la creación del niño o joven que está presente en nuestra catequesis.

La tarea catequética no es exclusivamente tarea humana, no se trata de métodos ni de psicologías, aunque su conocimiento sea necesario, sino de sabor y sabiduría bíblica que invita a la cercanía y a la relación profunda con Dios.

«La raíz de la sabiduría ¿A quién fue revelada?

Sus recursos ¿Quién los conoció?

Solo uno hay sabio, en extremo temible,

el que en su trono está sentado» (Eclo 1, 6)

Acompañar el itinerario espiritual consiste, sencillamente, en ser espejo de este versículo del Eclesiástico, para que los catequizandos que se miran en él puedan encontrar en él al Único que es sabio.

Bibliografía

- A. ÁVILA, *Para comprender la Psicología de la religión*, Evd, Navarra 2003.
- J. M. BARRIO, *Elementos de Antropología pedagógica*, Rialp, Madrid 2010.
- J.C. BURGOS, *Antropología una guía para la existencia*, Palabra, Madrid 2006.
- J.C. CARVAJAL BLANCO, *Dios dialoga con el hombre. Misión de la Palabra en la catequesis*, PPC, Madrid 2014.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, LXI Asamblea plenaria, 2010
- DECONCHY, Dieu et les images parentales en A. Godin. Cahiers de Psychologie religieuse IV. Bruselas: Lumen Vitae 1964
- K. RAHNER, *Ideas for a Theology of Childhood. Theological investigations. Vol VIII*, Longman & Todd, Londres. CODINA. (tr) *Fundamentos para una Teología de la Infancia* 1971.
- E. STEIN, *Obras completas IV. Escritos antropológicos y pedagógicos*, Monte Carmelo, Burgos 2003.
- F. TORRALBA, *Inteligencia espiritual en los niños*, Plataforma actual, Barcelona 2012
- A. VERGOTE, *Psicología religiosa*, Taurus, Madrid 1975.
- C. WOJTYLA, *Persona y acción*, Palabra, Madrid 2011.